

# La división perdida. ¿la división recuperada?



Soy Miguel Andrés Brenner, digamos, simplemente, Andrés. Inicé mi actividad docente en la escuela pública durante 1973, provincia de Buenos Aires, conurbano, región sur. Creía, como tantos otros jóvenes, que la utopía no era tan utopía. Utopía es un no lugar, y un mundo mejor supone más aún, en tanto "posibilidad real". Dentro de mi inexperiencia en la enseñanza, me lancé "con todo". No era prudente, sino efusivo. Hasta creía que podía cambiar el mundo desde el aula, cosa que ahora evalúo como rayando la omnipotencia. Animados por el contexto político, difícilmente hubieran cursos donde los alumnos no cuestionaran, preguntaran. Me interpelaban, hasta pedían definiera políticamente mi posición ante determinadas situaciones. El bullicio adolescente de los estudiantes se convertía no en una tribuna política, sino en efervescencia de la palabra puesta en diálogo que, en variadas circunstancias, se convertía en discusiones, polémicas y rispideces. Imbuido por el Paulo Freire arrasando con su entonces pedagogía liberadora, intentaba, más allá de los resultados logrados, que la efervescencia se convirtiera en diálogo mediando un mundo problemático común.

Mi inicio en la docencia fue a los tumbos. La última escuela de la que me " echaron " fue la Escuela Normal de Banfield, Antonio Mentrúy<sup>2</sup>, conducida por un interventor<sup>3</sup>, y de donde desaparecieron más de 30 compañeros en el ámbito del terrorismo de Estado. La única manera de cesar a un docente es mediante un sumario cuya conclusión determine su responsabilidad en un hecho grave para la escuela. Era el 12 de marzo de 1977, al ingresar al edificio escolar, el entonces director me cita a su despacho y me comunica mi cese. Nada le respondo, es que tenía "miedo", acepté sin chistar su decisión.

El 10 de mayo de 1977 ingreso en la Escuela de Educación Técnica n° 1 de Almirante Brown, cita en la localidad de Longchamps, sur del conurbano bonaerense. Me solicitan completar un formulario por triplicado con mis datos personales, un ejemplar para el archivo de la escuela, otro para el Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires, otro para la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE). Es la escuela que, a través de los años, aprendí a amar, en la que me jubilé, en la que aprendí de sus alumnos. Aunque mis inicios en la misma fue difícil, más todavía luego. La materia a mi cargo era humanística, en un 4to año de la vieja escuela secundaria técnica. Me entregaron textos desde los que "debía" enseñar, anacrónicos, dogmáticos, entre otros apelativos. Tuve una ocurrencia: "cumplir". No quedaba otra. Pero, cumplir a mi manera. Largar interrogantes como para que algún alumno se animara a expresar lo que yo no podía. A veces lo lograba, más de las veces, no. Me sentía controlado, aunque en la división estuviera yo con mis alumnos solamente. Ah!, y dato no menor, recibía señalamientos acerca de cómo vestirme, obvio, los alumnos debían estar en la escuela con guardapolvos, pelo corto<sup>4</sup>, si no primer día falta simple, segundo falta doble, y así sucesivamente.

Advino la democracia. Poco a poco ya no me sentía controlado, pero mis alumnos no eran bulliciosos, efervescentes, inquietos, cuestionadores, preguntones en el mejor sentido del término. El silencio había ganado el aula, la dictadura había ganado una batalla en la cultura escolar. Albano Harguindeguy, poderoso ministro del interior del genocida Jorge Rafael Videla, alrededor de 1979 decía que había que ganar la batalla más importante, se refería a la lucha contra la "subversión ideológica". ¿Qué hacer entonces en democracia? No quedaba otra que la "astucia



Creía, como tantos otros jóvenes, que la utopía no era tan utopía. Utopía es un no lugar, y un mundo mejor supone más aún, en tanto "posibilidad real".